

Madrid recupera la mirada de Enrique Herreros

El Museo Municipal inaugura mañana una sala permanente que reúne cincuenta obras del polifacético artista

Mañana se inaugura la sala Enrique Herreros en el Museo Municipal de Madrid, que albergará un total de cincuenta obras del autor. Las treinta y cinco «Estampas matritenses» y los quince aguafuertes de «La tauromaquia de la muerte», así

Las obras han sido donadas por el hijo del pintor. La colección que ahora podrá contemplar el público madrileño fue un regalo de Enrique Herreros a su hijo, quien relata que el autor llamaba a los «gouaches» que integran las «Estampas matritenses», no sin guasa, «Le Madrid inconnu». Pero, además, la inauguración coincide con el nonagésimo aniversario del nacimiento de Herreros.

Con este motivo se ha organizado una mesa redonda en la que participarán personalidades que le conocieron y compartieron con él su trabajo. Se espera la presencia de Camilo José Cela, gran amigo de Herreros y autor del epitafio grabado sobre su tumba. También asistirán Nati Mistral, Enrique de Aguinaga, Jaime Campmany y Antonio Mingote, así como José Luis Garci y Ramón Tamames, a quien Herreros solía invitar como acompañante en muchos de sus paseos por la montaña.

Nacido en Madrid en 1903, Enrique Herreros tuvo que repartir su vida, con la misma intensidad, entre sus muy diversas pasiones: la pintura, el cine, el dibujo, el grabado, el montañismo, el humor... Fue expulsado a la edad de doce años de la Escuela de Artes y Oficios. Continuó su formación artística de forma autodidacta y pintaría su primer óleo en 1942.

La Codorniz

En junio de 1941 dibujó la segunda portada de la célebre revista de humor gráfico «La Codorniz», actividad en la que, ininterrumpidamente hasta 1958, dejó las mejores muestras de su ingenio, mal que le pesara a la censura de entonces. En muchas ocasiones, gustaba de incluir en estas portadas, entre los muchos «monos» (expresión preferida del autor), la caricatura de algún político famoso, en actitudes que no siempre se correspondían con los buenos usos y costumbres. De este modo, y a veces gracias a la ayuda de una lupa, el «lector más inteligente» podía deleitarse hasta la médula de la risa con los elocuentes detalles que escapaban al basto cedazo de los censores (lectores sóloamente comisarios), muchas veces ineficaz con estas audacias.

como las quince planchas de cobre que les sirvieron de matriz, tendrán en este museo un emplazamiento permanente dedicado a la memoria del polifacético pintor, dibujante, cineasta, humorista y montañero Enrique Herreros (1903-1977).



Enrique Herreros

No obstante, sorprendido en ocasiones por la desconfiada censura, verdadero derecho de pernada intelectual, se veía obligado a hacer de tripas corazones o pinceles y preparar una segunda portada a toda prisa. Su hijo recuerda cómo Álvaro de la Iglesia llamaba con el recado: «Enrique, se han cargado la portada», y cómo, acto seguido y conteniendo su ira, Herreros se ponía manos a la obra, mientras «Marciano, que así se llamaba el encargado de llevar la nueva cubierta a la imprenta, esperaba pacientemente a que mi padre terminase su labor».

En 1942, mientras trabajaba en la industria cinematográfica, decide acudir a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, para aprender grabado con el maestro Esteve Botey. Seis meses después, Botey le ruega:

«Sit tibi terra levis»

Madrid. J. C. C.

Entre las pasiones más cultivadas por Enrique Herreros a lo largo de sus setenta y cinco años de vida, destaca su amor por la montaña. Esta querencia hacia las cumbres convirtió a Herreros en un infatigable escalador, en un buen esquiador y también en un admirable naturalista. Esta conciencia —hoy diríamos ecológica— y su afecto por los parajes inaccesibles, se vieron reflejados también en la pintura. Es autor de una preciosa colección de dibujos sobre los Picos de Europa —«los conoce mejor que las cabras», decían sus amigos—.

El intrépido Enrique Herreros se permitió el lujo de perderse a

Madrid. Jesús G. Calero
«Herreros, márchese; yo no le puedo enseñarle más».

Sus obras pictóricas fueron celebradas por la crítica de la época, que las colocaba entre Goya y Gutiérrez Solana. Herreros nunca negó su amor por estos dos autores. Él mismo «parodió» muchas obras de Solana. En una ocasión, Solana le regaló un lienzo firmado y en blanco, que él pintó en el estilo del maestro y luego rubricó por detrás.

Herreros también conoció a Picasso, en cuya casa se alojó durante unos días. Como quiera que el genio cubista quisiera despedirse de sus huéspedes, diciéndoles: «Vamos a cenar, que tienen ustedes que irse mañana temprano», y como Enrique Herreros insistiera en conversar con el pintor malagueño, Picasso interrogó: «Usted, ¿qué quiere? No le pienso regalar un cuadro», a lo que Herreros respondió: «Yo quiero tocarle los muslos para luego decir que he le he tocado los muslos a Picasso». Acto seguido, entre risas, el malagueño accedió a mostrarle la bodega blindada.

El proyecto de donación al Museo Municipal cuajó el pasado julio, y ha sido posible gracias al impulso entusiasta del que ha hecho gala el actual equipo que gobierna el Ayuntamiento. La decoración de la sala en la que se mostrarán, desde mañana, las obras de Herreros ha estado a cargo de Luis Caruncho.

los setenta años de edad en las intermediaciones del Naranco de Bulnes, en compañía de otros jóvenes escaladores. En esta misma cumbre perdería la vida cinco años después.

Su gran amigo y escritor Camilo José Cela le dedicó entonces un epitafio que fue grabado sobre su tumba de Potes. Este epitafio dice: «Aquí yacen los restos mortales de Enrique Herreros, / o sea Don Enrique García Herreros Codesido / (1903-1977) / dibujante, grabador, pintor, montañero que murió en la montaña y hombre de bien». La inscripción concluye con la fórmula precristiana de réquiem: «Sit tibi terra levis» (que la tierra te sea leve).

La viuda de Jerzy Kosinski revela los últimos días del escritor

Varsovia. Efe

Katherina von Fraunhofer, viuda del escritor polaco-norteamericano Jerzy Kosinski, que se suicidó en mayo de 1991 en Nueva York, reveló ayer, en una entrevista publicada por «Gazeta Wyborcza», los últimos momentos del autor de obras como «El pájaro pintado», «Bienvenido Mr. Chance» o «Cita a ciegas». Von Fraunhofer aseguró que su marido se suicidó porque temía convertirse en «un vegetal».

La esposa del escritor señala que su su marido no temía a la muerte, aunque «tenía trastornos cardíacos y se sentía deprimido por la posibilidad de quedar inválido y ser una carga para sus seres más queridos. El suicidio era uno de sus temas preferidos. Hablaba con mucha frecuencia de esa posibilidad. La última vez que comentamos el asunto fue apenas un mes antes de que acabase con su vida». Para Katherina, aquellas conversaciones eran poco serias porque estaba segura de que conseguiría sacar a su esposo de la depresión.

«El problema de Jerzy era que se sentía quemado como escritor, sin ideas, sin inspiración y que para superar su bloqueo mental se sometió incluso a un tratamiento psiquiátrico», relata su viuda. Katherina subraya que jamás «alquiló a negros para que escribiesen por él, aunque esa es una costumbre muy propagada entre los mejores escritores norteamericanos. El se empeñaba en ser el verdadero autor de lo que publicaba con su nombre y se alegraba de no tener hijos porque los consideraba un freno para su creación».

También influyó en su vida, según su esposa, la acusación que le hicieron de que había sido agente de la CIA y de que había escrito, bajo pseudónimo, trabajos y libros sobre la URSS. El Pen-Club norteamericano, a pesar de que lo presidió en dos ocasiones, jamás salió en defensa del escritor.

Jerzy Kosinski, nacido en Lodz en 1933, de familia judía, sobrevivió a los horrores de la Polonia nazi y estalinista. En 1957 emigró a Nueva York, donde comenzó a escribir en inglés. Tres años después publicó «El pájaro pintado», obra que fue aclamada por la crítica mundial, premio al mejor libro extranjero en Francia en 1965. Con «Escalones» obtuvo el premio nacional del libro en EE. UU. en 1969. Kosinski se nacionalizó norteamericano, se doctoró en la universidad de Columbia e impartió clases en Princeton y Yale.